

del que os doy gracias... Es algo como para la historia de Attilio...

Le hablaba de su hijo, del teniente y de su aventura amorosa con Celia, la princesita Buongiovanni, de la que hablaban en todos los salones, lo mismo en los de la sociedad negra que en los de la blanca.

—Attilio es otra cosa,—replicó Orlando,—lo mismo que tú; es de mi sangre y es maravilloso como me veo retratado en ese muchacho. Sí, es como yo cuando tenía su edad, bravo, entusiasta y apuesto! Ya estás oyendo como yo mismo me alabo; pero en verdad que á Attilio le quiero de todo corazón, porque es el porvenir y me devuelve la esperanza... ¡Y bien! ¿qué hay de su historia?

—¡Ay, tío! Que su dichosa historia de amores nos da muchos quebraderos de cabeza. Os hablé de esto y os encogisteis de hombros, diciéndome que en esas cuestiones de amores los padres no debían hacer más sino que los enamorados se arreglasen por si solos y como pudiesen... No queremos de ningún modo que digan de nosotros que empujamos á nuestro hijo á apoderarse de la princesita, para que enseguida se case con su dinero y con su título.

Orlando se echó á reír.

—¡Vaya un escrúpulo! ¿Fué tu marido el que te encargó que me lo contases? Sí, ya sé que en esa cuestión quiere aparentar una gran delicadeza... En cuanto á mí, que te lo repito, me creo tan honrado como él, si tuviese un hijo como el tuyo, dotado de tanta rectitud y bondad, tan ingenuamente enamorado, le dejaría casar con quien quisiese y conforme se le antojase. ¡Los Buongiovanni! ¡Santo Dios! Los Buongiovanni con todo el dinero que aún les queda y con toda su noble-

za, se considerarán muy honrados al tener por yerno á un muchacho tan apuesto y que tiene un corazón tan grande! De nuevo Stefana adquirió su aire de plácida satisfacción. No había ido allí seguramente más que en busca de una aprobación.

—Está bien, tío, se lo repetiré á mi marido que lo tendrá todo muy presente, porque si vos sois muy severo con él, en cambio Sacco os profesa una verdadera veneración. En cuanto á ese ministerio puede muy bien suceder que no se haga nada. Sacco decidirá según las circunstancias.

Púsose Stefana en pié y se despidió besando al anciano con mucha ternura, del mismo modo que lo hiciera al llegar. Le cumplimentó además, por su buen aspecto, le dijo le encontraba aún muy hermoso y le hizo sonreír nombrándole á una señora que estaba aún loca por él. Luego, habiendo respondido con una ligera reverencia al mudo saludo del joven presbítero, se marchó con su aire modesto y prudente.

Por un momento permaneció Orlando silencioso con las miradas fijas en la puerta, dominado por la tristeza al pensar en aquel presente tan penoso y tan distinto del glorioso pasado. Y bruscamente se volvió hácia Pedro, que seguía esperando.

—De manera, amigo mío, que os hospedásteis en el palacio Boccanera ¡Ah! ¡Qué desastre también por ese lado!

Pero cuando el presbítero le relató su conversación con Benedetta y la frase que ella le dijera de que le quería como siempre y que, sucediese lo que sucediese, jamás olvidaría sus bondades, se enterneció y su voz se hizo un tanto temblona.

—Sí, tiene un alma muy hermosa y no es mala; pero ¿qué queréis? No amaba á Luigi y éste quizás se mostró algo violento... como estas cosas no son un misterio para nadie, porque, con gran disgusto mío, todo el mundo está enterado, os hablo con entera libertad.

Abandonándose por completo á sus recuerdos, manifestó Orlando cuan inmensa fué su alegría la víspera del casamiento al pensar que tan hermosa joven sería su hija y que esparciría juventud y encanto al rededor de su sillón de impedido. Había profesado siempre el culto de la belleza, un culto apasionado de amante, cuyo amor único habría sido la mujer, si la patria no se hubiese apoderado de lo mejor de todo su sér. Benedetta, en efecto, le adoró, le veneró, subiendo sin cesar á pasar horas enteras á su lado, viviendo en su pobre humilde celda que resplandecía en esas ocasiones con el esplendor de la gracia divina que ella aportaba. Revivió el impedido con su aliento fresco, con el aroma puro y la acariciadora ternura de mujer con que le rodeaba, consagrándole sin cesar los más asíduos cuidados. Mas en seguida ¡qué drama tan horrible! ¡Cuánto sangró su corazón al no poder reconciliar á los esposos! No podía ponerse en contra de su hijo por querer éste ser el marido aceptado y amado. Al principio, después de la primera y desastrosa noche, y de ese choque entre dos séres aferrados testarudamente cada uno á su idea, había confiado en convencer á Benedetta echándola en brazos de Luigi. Cuando más tarde, y llorando, aquélla le hizo confidencias, confesándole su antiguo amor á Darío, diciéndole cuál había sido la rebelión ante el acto; ante la entrega del don de virginidad á otro hombre, comprendió que Benedetta no

cedería jamás. Y pasó un año entero, y un año vivió él clavado en su sillón con aquel doloroso drama que pasaba bajo sus piés, en aquellas habitaciones lujosamente alhajadas y cuyos ruidos ni siquiera llegaban á sus oídos. ¡Cuántas veces intentó escuchar temeroso de que se suscitase alguna disputa y desesperado al ver que no podía intervenir para hacerlos felices! No sabía nada por su hijo, que se callaba, y si algún detalle tenía, era por Benedetta cuando su eternecimiento la dejaba sin defensa. Y ese casamiento en el que por un momento entrevió la tan deseada alianza entre la Roma antigua y la nueva; ese matrimonio no consumado, le desesperaba, como si fuese el fracaso de todas sus esperanzas, el aborto final del ensueño que llenó su vida. El mismo acabó por desear el divorcio, de tal manera se hizo insoportable el sufrimiento que originaba semejante situación.

—¡Ah! No he comprendido, amigo mío, nunca tan bien como ahora la fatalidad de ciertos antagonismos, ni de qué manera con el corazón más noble y la razón mas recta se puede labrar la propia desdicha y la de los demás!

Abrióse de nuevo la puerta, pero esta vez sin que nadie llamase, y entró el conde Prada. Enseguida, y después de cambiar un rápido saludo con el visitante, que se había puesto en pié, cogió con dulzura las manos de su padre y las palpó temiendo encontrarlas demasiado frías ó calientes con exceso.

—Hace un momento que llegué de Frascati, en donde tuve que hacer noche, de tal modo me hacen ca-
vilar esas contrucciones interrumpidas, y me han dicho que pasásteis muy mala noche.

—¡Oh! ¡No! ¡Te aseguro que no!

—No me lo negaréis ¿por qué os obstináis en vivir encerrado aquí sin ninguna comodidad? Esto no es para vuestra edad. ¡No sabéis cuánta alegría me daríais si aceptáseis otra habitación más cómoda en la que podríais dormir mejor!

—¡No! ¡No! Sé que me quieres mucho, mi buen Luigi, pero, te lo suplico, déjame obrar como se la antoje á mi vieja cabeza. Esta es la única manera de hacerme dichoso.

A Pedro le impresionó mucho el ardiente cariño que se revelaba en las miradas de aquellos dos hombres, mientras se contemplaban con los ojos del uno, fijos en los del otro. Aquello le pareció infinitamente conmovedor, de grande y hermosa ternura en medio de tantas ideas encontradas, actos contrarios y rupturas morales como los separaban.

Y le interesó el compararlos. El conde Prada, más bajo, más rechoncho, tenía efectivamente la misma cabeza enérgica y fuerte, cubierta de abundante y rudo cabello negro, los mismos ojos francos, un poco duros en una faz de color claro, cortada por poblado bigote negro. La boca diferenciábase, pues era una boca con dentadura de lobo, boca sensual y voraz, de presa, hecha para las noches que siguen á la batalla cuando no se trata más que de morder lo que los otros conquistan. Eso era lo que hacía dijese de él cuando elogiaban su franca mirada. «Sí, es verdad, pero su boca no me agrada.» Los piés eran grandes, las manos gruesas, largas y hermosas.

A Pedro le maravilló encontrarle tal cual había imaginado que era. Conocía bastante íntimamente su historia para reconstituír en él al hijo del héroe, al que la conquista echó á perder y que se come á dos carrillos

la cosecha cortada por la espada gloriosa del padre. Estudió sobre todo de que manera las virtudes del padre se habían desviado transformándose en el hijo en vicios: las cualidades más nobles se pervertían, convirtiéndose la energía heroica y desinteresada, en feroz apetito de goces; el hombre de las batallas, en el hombre que va en busca del botín, y que desde que no se inspiraba en los grandes sentimientos de entusiasmo, que ya no alentaban, desde que no se combatía, se estaba allí entregándose al descanso entre los despojos amontonados y pillando, y devorando. Y el héroe, el padre paralítico, inmovilizado, asistía á todo eso, á esa degeneración del hijo, del busca negocios, atiborrado de millones!

Orlando presentó á Pedro.

—El señor abate Pedro Froment de que te hablé ya y cuyo libro te hice leer.

Prada se mostró muy amable y habló en seguida de de Roma con pasión inteligente, como hombre que quisiera convertirla en una gran capital moderna. Había visto á París transformarse bajo el segundo imperio, á Berlín, ensanchado y embellecido después de las victorias de Alemania, y, en su concepto, si Roma no seguía el movimiento, si no se convertía en la ciudad habitable de un gran pueblo, estaba amenazada con una muerte rápida. O un museo que se derrumba ó una ciudad rehecha, resucitada.

Muy admirado Pedro, y ya casi convencido, escuchó á aquel hombre hábil cuyo espíritu firme y claro le encantaba. Sabía con cuanta habilidad había manobrado en la empresa de la villa Montefiori en la que se enriqueció mientras tantos otros se arruinaron, habiendo sin duda previsto la catástrofe final en el momento en que la rabia del agio enloquecía á la nación

entera. No obstante, sorprendió en él señales de cansancio, arrugas precoces, los labios caídos en aquel rostro de voluntad y energía; como si el hombre se fatigase en aquella lucha continua entre los derrumbamientos inmediatos que minaban al suelo, amenazando arrastrar con el contra golpe las fortunas mejor cimentadas. Se contaba que Prada, en los últimos tiempos, había pasado serias inquietudes y en donde nada era sólido, todo podía desaparecer en medio de la crisis financiera que se agravaba de día en día. En aquel rudo hijo de la Italia del Norte, era una especie de decaimiento, un lento pudrimiento bajo la influencia muelle y pervertidora de Roma. Todos sus apetitos se habían saciado á su completa satisfacción y se agotaba para contentarlos, lo mismo apetitos de dinero que de mujeres. Y de ahí procedía la gran tristeza muda de Orlando cuando observaba esa rápida decadencia de su raza de conquistador, mientras que Sacco, el italiano del mediodía, como auxiliado por el clima, hecho á aquel aire voluptuoso, á esas ciudades de antiguo polvo y abrasadas por el sol, florecía lo mismo que la vegetación natural del suelo saturado por los crímenes de la historia, y se iba apoderando poco á poco de todo, incluso de la riqueza y del poder.

Habiéndose pronunciado el nombre de Sacco, Orlando dijo unas cuantas palabras á su hijo respecto á la visita de Stefana. Sin decir ni una palabra más, miráronse ambos sonriendo. Circulaba el rumor de que al difunto ministro de Agricultura no le reemplazarían enseguida, y que mientras tanto otro ministro se encargaría interinamente de su cartera, esperando así á que las Cámaras reanudasen sus sesiones.

Hablóse después del palacio Boccanera, y Pedro con gran curiosidad redobló su atención.

—¡Ah!— exclamó el conde— ¡os hospedáis en la vía Julia! Toda la Roma antigua duerme allí en el silencio del olvido.

Muy sobre sí habló del cardenal y hasta de Benedetta, de la condesa, como decía hablando de su esposa. Se estudiaba para no demostrar ninguna cólera; empero Pedro adivinólo estremecido, sangrando siempre y guardando rencor. En el conde la pasión de la mujer, el deseo, estallaba con la violencia de una necesidad que debía satisfacerse en el acto; y en esto había sin duda una de las virtudes del padre, pero degenerada, transformada: el ensueño entusiasta, yendo derecho al objeto, pasando del dicho á la acción en el acto. Por eso, después de sus relaciones con la princesa Flavia, cuando quiso á Benedetta, la divina sobrina de una tía que aún se conservaba tan hermosa, se resignó y pasó por todo, por el casamiento, por la lucha con aquella joven que no le amaba y esto corriendo el riesgo de echar á perder su vida entera. Antes que ceder y no poseerla, habría incendiado á Roma. Y lo que sufría sin esperanzas de curación, la herida sin cesar abierta que llevaba en el costado, no era más que por no haberla poseído, por decirse que siendo suya se había negado á entregarse. No debía perdonar nunca la injuria, la herida que permanecía en el fondo de su carne no saciada y en la que, al menor soplo, se renovaba el escozor. Bajo su apariencia de hombre correcto, el hombre sensual deliraba entonces, celoso, vengativo y capaz de cometer un crimen.

—El señor abate está enterado de todo,—dijo Orlando con su voz triste.

Hizo Prada un gesto como queriendo decir que todo el mundo lo estaba.

—¡Ah! ¡Si no os hubiese obedecido, padre mío, jamás me prestara á consentir en ese pleito de anulación del matrimonio! La condesa no habría tenido más recurso que volver al domicilio conyugal y no se estaría hoy día burlando de nosotros con su amante, con ese Darío, con el primo.

Hizo un gesto Orlando y quiso protestar.

—Pero en verdad, padre mío ¿porqué creéis que huyó de aquí si no para irse á vivir á su casa y en brazos de su amante? Y hasta me parece que el palacio de la vía Julia, con su cardenal, sirve de refugio á cosas bastante sucias.

Ese era el rumor que él esparcía, la acusación que en todas partes lanzaba contra su esposa, esas relaciones adúlteras y, según él, públicas y desvergonzadas. En el fondo, sin embargo, no creía el conde lo que decía conociendo la serena razón de Benedetta y la idea supersticiosa y hasta mística á que relacionaba su virginidad y la firme voluntad que tenía de no entregarse más que al hombre al que amase y que fuese su marido ante Dios; pero á Prada le parecía que semejante acusación era un buen ardid de guerra y además muy eficaz.

—¡Y á propósito! ¿Sabéis, padre, que me han notificado la memoria de Morano,—dijo bruscamente,—y que es cosa que aseguran, que si el matrimonio no pudo consumarse, fué á consecuencia de la impotencia del marido?

Y lanzó una carcajada como deseando demostrar que todo aquello le parecía el colmo de lo cómico. Solo que una sorda exasperación habíale hecho palidecer y

su boca reíase con dureza, con excesiva crueldad y era indudable que esa sola y falsa acusación de impotencia, tan insultante y depresiva para un hombre de su virilidad, era lo que le decidió á defenderse en aquel pleito, del que al principio no quería hacer ningún caso. Pleitearía, pues, convencido de que su esposa no obtendría la anulación del matrimonio. Riéndose dió detalles un poco libres acerca de aquel acto, explicando que no era cosa tan sencilla el tener que habérselas con una mujer que se resiste, que araña y muerde y que además no estaba seguro de no haberlo realizado. En todo caso estaba dispuesto á pedir la prueba, el juicio de Dios, como decía, riéndose con más fuerza de su broma, y ante los cardenales todos reunidos, si llevaban los escrúpulos de su conciencia hasta querer asegurarse de la cosa por sí mismos.

—¡Luigi!—dijo Orlando con mucha dulzura señalando á Pedro Froment con la mirada.

—Sí, sí, me callo; tenéis razón, padre mío, pero en verdad la cosa es de tal manera abominable y ridícula... Ya sabéis lo que dice Lisbeth: «¡Ah! ¡Pobre amigo mío, es pues de un pequeño Jesús por el que yo voy á parir!»

De nuevo pareció que Orlando no estaba satisfecho porque no le agradaba, cuando había allí alguna visita, que su hijo hiciese gala en su presencia de aquellas relaciones. Lisbeth Kauffmann, que apenas tenía treinta años y era muy rubia, sonrosada y de una alegría siempre riente, pertenecía á la colonia extranjera. Era viuda desde hacía dos, años los mismos que llevaba en Roma, á donde había ido su marido en busca de alivio para una enfermedad del pecho. Estaba libre y era lo suficientemente rica para no necesitar á nadie y se había quedado allí por gusto, apasionada por el arte y

hasta pintando un poco. Compró en la calle del Príncipe Amadeo, en un barrio nuevo, un palacio pequeño cuyo gran salón del segundo piso, transformado en taller, lleno de flores en todas las estaciones y cubiertas sus paredes con antiguos tapices, era muy conocido de la sociedad amable é inteligente. Allí se la encontraba con su continua alegría, vistiendo largas blusas; algo amuchachada, pronunciando frases terribles, pero dando pruebas de ser buena amiga y no habiéndose comprometido hasta entonces más que con Prada. Sin duda la agradó éste y se entregó sencillamente á él cuando hacía cuatro meses que su esposo le había abandonado y estaba embarazada de siete meses, y esa preñez no la ocultaba á nadie con un aire tan tranquilo y tan feliz, que sus numerosas relaciones seguían visitándola como si nada hubiese sucedido, y así vivía con esa vida fácil y libre de las grandes ciudades cosmopolitas. Aquel embarazo, en medio de las circunstancias en que se hallaba el conde, le embelesaba y se convertía á sus ojos en el mejor de los argumentos contra la acusación que tanto hacía sufrir su orgullo de hombre. Más en el fondo, sin que lo confesase, la herida incurable seguía manando sangre, por que ni esa paternidad próxima ni la posesión alegre y halagüeña de Lisbeth, eran bastantes á compensar la negativa de Benedetta; á esta era á la que ardía en deseos de poseer y á la que habría querido castigar trágicamente por no haberla podido conseguir.

No estando al corriente de todo aquello, no podía Pedro comprenderlo. Como le pareció que había cierto embarazo y deseoso de no molestar buscó una manera de estar allí, cogió de encima de la mesa y de entre los periódicos, un grueso volumen admirándole

encontrar allí una obra francesa clásica, uno de esos manuales para el bachillerato, en las que se encuentran compendiadas las materias exigidas por los programas. No era más que un libro humilde y práctico de primera instrucción, pero forzosamente trataba de ciencias matemáticas, de ciencias físicas, químicas y naturales de manera que resumía á granel las conquistas del siglo, el estado actual de la inteligencia humana.

—¡Ah!—exclamó Orlando, alegre al hallar el pretexto para cambiar de conversación.—Estáis mirando la obra de mi antiguo amigo Teófilo Morin. Sabed que fué uno de los Mil de Marsala y que conquistó la Sicilia y Nápoles con nosotros ¡un héroe! Y después de pasar más de treinta años volvióse á Francia á ocupar su puesto de humilde profesor, lo que no le ha enriquecido mucho. Ha publicado ese libro cuya venta, según parece, marcha tan bien, que se le ocurrió la idea de aumentar los productos haciendo algunas traducciones del libro, una de ellas al italiano... Hemos seguido siendo hermanos y pensó en utilizar mi influencia que creyó era decisiva; pero ¡ay! se equivocó y temo mucho que no conseguiré que declaren de texto su libro.

Prada, que había vuelto á mostrarse muy correcto y amable, hizo un movimiento encogiéndose ligeramente de hombros, lleno de excecicismo hacía su generación y deseoso únicamente de sostener todo lo existente para sacar de ello el mejor partido posible.

—¿Y para qué?—murmuró.—¡Basta de libros! ¡Basta de libros!

—¡No!—replicó con vehemencia el anciano.—¡Jamas hay bastantes libros! ¡Se necesitan ahora y siempre! En adelante será con el libro y no con la espada como la humanidad vencerá á la injusticia y á la men-

tira y conquistará la paz final de la fraternidad entre los pueblos!... Sí, sonríes; sé que llamas á eso mis viejas ideas del 48, de barba vieja, como decís en Francia, no es verdad, señor Froment? Pero no es menos cierto que Italia está muerta si no se toma el problema desde abajo, quiero decir, si no se hace el pueblo, y no hay más que una manera de crear éste, de crear hombres y es instruyéndolos, desenvolviendo por medio de la instrucción esa fuerza inmensa y perdida que parece corrompida hoy entre la miseria, la ignorancia y la pereza... ¡Sí! ¡Sí! ¡Hemos hecho á Italia! ¡Hagamos á los italianos! ¡Libros, más libros aún! ¡Y marchemos siempre más adelante, con más ciencia, con más claridad si es que queremos vivir, estar sanos y ser buenos y fuertes!

La actitud del anciano Orlando era soberbia, medio incorporado y con su poderosa cabeza leonina toda resplandeciente con la blancura espléndida de la cabellera y la barba. Y en aquella humilde habitación tñn conmovedora, con su pobreza impuesta voluntariamente, lanzó un grito de esperanza con una fiebre tal de fé, que Pedro vió evocarse ante él otra figura, la del cardenal Boccanera, erguida y negra, con sus níveos cabellos, admirable también con su belleza heróica en medio de su palacio en ruinas y cuyos dorados artesonados amenazaban derrumbarse sobre sus hombros, ¡Ah! ¡Los testarudos insignes, los creyentes, los viejos que siguen demostrando más virilidad y más pasión que los jóvenes! Aquellos eran los dos extremos opuestos de las creencias, no teniendo ni una idea ni una ternura común y en aquella antigua Roma, en la que todo volaba en polvo, parecía que solo ellos dos protestaban indestructibles y por cima de la ciudad, como dos hermanos separados é inmóviles en el horizonte. Con ha-

berlos visto así, al uno después del otro, tan grandes, tan solos, tan desinteresados de la cuotidiana bajeza, se llenaba un día con un ensueño de eternidad.

Enseguida cogió Prada las manos del anciano para tranquilizarle estrechándose las con acendrada filial ternura.

—¡Sí! ¡Sí! Tenéis razón, padre, sois vos quien siempre la tiene y soy un imbécil al contradeciros. Os suplico que no os movais de esa manera porque os ví descubrir, y vuestras piernas se van á enfriar.

Se puso de rodillas, arregló la manta con infinito cuidado y luego permaneció en aquella postura como un niño, á pesar de sus cuarenta y dos años cumplidos, fijando en su padre sus ojos húmedos, suplicantes, con muda adoración, mientras que el anciano, más tranquilo, pero conmovido, acariciábale el cabello con mano temblona.

Hacía más de dos horas que Pedro se hallaba allí, cuando al cabo se despidió admirándole y conmoviéndole cuanto había visto y oído. Tuvo que prometer una vez más volver para hablar largo y tendido. Una vez en la calle echó á andar á la casualidad. Hacía muy poco que habían dado las cuatro y su idea era la de atrevesar Roma sin itinerario fijo ni pensado de antemano, á aquella hora deliciosa en que el sol se ponía y el aire había refrescado y el cielo estaba inmensamente azul. Pero casi enseguida se encontró en la calle Nationale, por la que había bajado en coche la víspera á su llegada; reconoció el Banco abotagado y desmesurado, los verdes jardines que subían hasta el Quirinal y los pinos en pleno cielo de la villa Aldobrandini. Luego, y en el momento en que se detenía en la vuelta para volver á contemplar la columna de Tra-

jano, que á la sazón se destacaba en la sombra en el fondo de la plaza baja invadida ya por el crepúsculo, se quedó sorprendido al ver la brusca parada de una victoria, desde la que un joven le llamaba cortesmente haciéndole señas con la mano.

—¡Señor abate Froment! ¡Señor abate!

Era el joven príncipe Darío Boccanera que iba dar su paseo diario al Corso. No vivía más que de las liberalidades de su tío el cardenal, casi siempre escaso de dinero; pero, lo mismo que todos los romanos, antes habría vivido á pan y agua, á ser preciso, que pasar sin caballo, coche y cochero. En Roma el carruaje es un lujo indispensable.

—Si queréis subir, señor abate Froment, tendré muchísimo gusto en enseñaros algo de nuestra ciudad.

A la cuenta deseaba complacer á Benedetta mostrándose amable con su protegido. Además, en medio de su ociosidad, le agradaba iniciar al joven presbítero, que decían era muy inteligente, en lo que él creía era la flor de Roma, en la vida inimitable.

Tuvo Pedro que aceptar la oferta por más que habría preferido su paseo solitario. Sin embargo, le interesaba el joven, aquel último nacido de una raza agotada y que comprendía era un sér incapaz de pensamiento y acción, por otra parte de trato muy agradable aun con su orgullo y su indolencia. Mucho más romano que patriota, no había experimentado deseos ni veleidades para resellarse, satisfecho con vivir aparte y no hacer nada y, por muy apasionado que fuese, no comecía locuras, pues era muy en práctico en el fondo, muy razonable, como lo son todos los de su ciudad bajo su aparente vehemencia. En cuanto el coche, después de atravesar la plaza de Venecia, se internó en el Corso,

dió rienda suelta á su infantil vanidad, su amor á la vida exterior alegre y venturosa y bajo el hermoso cielo azul. Y todo eso apareció con mucha claridad en el sencillo gesto que hizo al decir:

—¡El Corso!

Lo mismo que la víspera experimentó Pedro un sobrecogimiento de asombro. La larga y estrecha vía se extendía de nuevo hasta la plaza del Populo, blanca de luz, con la única diferencia que eran las casas de la derecha las que iluminaba el sol, mientras que las de la izquierda aparecían envueltas en la sombra ¡Cómo! ¡Aquello era el Corso! ¡Aquella trinchera medio oscura ahogada entre fachadas pesadas y de gran elevación! ¡Aquella vía mezquina, por la que á lo sumo podían pasar tres coches de frente y que numerosas tiendas limitaban con sus escaparates de relumbrón! ¡No había allí ni espacio libre, ni vastos horizontes, ni refrescante verdor! ¡No había más que los empellones, el amontonamiento, el ahogo á lo largo de las mezquinas aceras bajo una estrecha faja de cielo! En vano Darío le fué nombrando los palacios históricos y fastuosos, el palacio Bonaparte, el palacio Doria, el palacio Adelschachi, el palacio Sciarra, el palacio Chigi; en vano le enseñó la plaza Colonna con el obelisco de Marco Aurelio, la plaza más animada de toda la ciudad en la que patelea continuamente una gran masa del pueblo en pie, charlando y mirándolo todo; en vano le mostró hasta llegar á la plaza del Populo, haciéndoselas admirar, las iglesias, las casas, las calles transversales, la de los Condotti al extremo de la que se elevaba con toda la gloria del sol poniente la aparición de la Trinidad de los Montes, toda dorada, purpúrea, en lo alto de la escalera de España, y fué en vano todo, porque Pedro

conservaba la desilusión que le había producido aquella vía estrecha y sin aire, en la que los palacios le parecían hospitales ó tristes cuarteles; la plaza de Colonna carecía de árboles que la alegrasen y únicamente le había seducido la Trinidad de los Montes con sus lejanos esplendores de apoteosis.

Fué preciso volver desde la plaza del Populo á la de Venecia y pasar y repasar dos, tres, cuatro veces dando la vuelta sin cansancio. Darío, satisfecho, hacía porque le viesen; miraba, le saludaban y correspondía á los saludos. Por las dos aceras desfilaba una compacta multitud cuyas miradas penetraban hasta el fondo de los carruajes, habiendo podido, á querer, estrechar la mano á los que los ocupaban. Poco á poco el número de carruajes aumentó de tal manera que la doble fila no tuvo interrupción alguna, hubo de apretarse y seguir el paseo al paso. Se tocaban, se examinaban en ese perpétuo roce de los que subían y bajaban. Aquella era la promiscuidad al aire libre, toda Roma amontonada en el menor espacio posible, viéndose allí á personas que se conocían, que se encontraban, como en la intimidad de un salón; personas que no se hablaban pertenecientes á antagónicas sociedades, á las más adversas, pero que se codeaban mirándose y escudrinándose hasta el fondo del alma. Entonces fué cuando Pedro tuvo la revelación, comprendió lo que era el Corso, la antigua costumbre, la pasión y la gloria de la ciudad. Precisamente el placer estaba en eso, en lo estrecho de la vía, en aquel forzoso codeamiento que permitía los encuentros esperados, las curiosidades satisfechas, la exhibición de las vanidades felices y la provisión de hablillas sin fin. Allí se veía todos los días la ciudad entera, se mostraba, se espiaba, dándose en espectáculo á sí misma

y con una necesidad tan indispensable á larga de verse de ese modo, que una persona bien nacida que dejaba de ir al Corso era como un hombre pasado de moda, sin periódicos y que vivía á lo salvaje. El aire tenía una dulzura extraordinaria y la estrecha faja de cielo, que se veía por entre los techos de los pesados y enrojecidos palacios, un azul de una pureza infinita.

Darío no dejó de sonreír y de inclinarse á cada momento la cabeza nombrando á príncipes y princesas, duques y duquesas, nombres retumbantes que habían llenado la historia, cuyas sílabas sonoras evocaban el choque de las armaduras en las batallas, los desfiles de la pompa papal, las ropas de púrpura, las tiaras de oro, las vestiduras sagradas cubiertas de pedrería y Pedro se desesperaba al ver gruesas señoras, caballeros particulares, seres abotagados ó entecos á los que afeaba aun más el traje á la moderna. Pasaron sin embargo algunas mujeres hermosas, sobretudo jóvenes silenciosas y con rasgados ojos claros. En el momento en que Darío acababa de enseñarle el palacio Buongiovanni, con su inmensa fachada del siglo xvii, con ventanas encuadradas por esculpidos follajes, y una pesadez de gusto poco agradable, añadió con acento jovial:

—¡Ah! ¡Mirad, ahí tenéis á Attilio, en la acera... al joven teniente Sacco ¿no sabéis?

Con un signo respondió Pedro que estaba al corriente. Attilio, de uniforme, le sedujo en seguida por su juventud, su aire vivo y animoso, con su rostro franco en el que brillaban los ojos azules de su madre. Era verdaderamente la personificación de la juventud

y el amor con toda su estusiasta y desinteresada esperanza en el porvenir.

—Dentro de un momento váis á ver otra cosa cuando pasemos por delante del palacio,—añadió Darío.—Estará aun Attilio ahí y yo os enseñaré algo curioso.

Y se puso á hablar con mucha alegría de aquellas princesitas y duquesitas educadas tan discretamente en el Sagrado Corazón y, en su inmensa mayoría tan ignorantes, acabando después su educación entre las faldas de sus madres y no haciendo con estas más que dar el obligado paseo por el Corso, viviendo interminables días enclaustradas, aprisionadas en el fondo de sombríos palacios; pero ¡qué de tempestades en aquellas almas mudas en las que nadie penetraba! ¡Qué lento empuje á las veces de voluntad, bajo aquella obediencia pasiva, tras aquella aparente inconsciencia de lo que las rodeaba! ¡Cuántas querían obstinadamente formarse la vida á su manera escogiendo al hombre que las agradase y obtenerlo aun cuando se opusiese el mundo entero! Y era el amante escogido entre la oleada de jóvenes en el Corso, era el amante pescado con la mirada durante el paseo, con los cándidos ojos que hablaban, que bastaban para la confesión, al don total, sin siquiera menear los labios castamente cerrados, y á esto seguían amorosas cartitas entregadas furtivamente en la iglesia, la doncella comprada con regalos, para facilitar las entrevistas al principio inocentes. Al final, con mucha frecuencia, solía acabarse todo con un casamiento.

En cuanto á Celia había querido á Attilio desde que se cruzaron sus miradas, el día del mortal aburrimiento en que por la primera vez le vió desde una ventana

del palacio Buongiovanni. Levantó él la cabeza y ella se apoderó para siempre de él, entregándose con sus grandes ojos puros fijos en los suyos. No era más que una enamorada y no otra cosa; le gustaba y quería á ese y no á otro. Habría esperado veinte años, pero esperaba conquistarle enseguida con la tranquila obstinación de su voluntad. Se contaban escenas terribles en que todos los temibles furoros del príncipe, su padre, se estrellaban contra su silencio respetuoso. El príncipe, de sangre mezclada, hijo de una americana y que había casado con una inglesa, solo luchaba para conservar intactos su apellido y su fortuna en medio de los hundimientos vecinos, y circulaba el rumor de que á consecuencia de una disputa, en la que había querido emprenderla con su esposa, á la que acusaba de no haber velado por su hija, habíase rebelado la princesa con el orgullo y el egoísmo de una extranjera que había aportado cinco millones: ¿no era bastante el haberle dado además cinco hijos? Pasaba los días adorándose á sí misma, abandonando á Celia y no cuidándose para nada de la casa en la que soplaba la tempestad.

El coche iba á pasar otra vez por delante del palacio y Darío se lo previno á Pedro.

—Ahí tenéis á Attilio que ha vuelto... y ahora mirad hacia arriba, á la tercera ventana del primer piso.

Fué una visión rápida y encantadora. Pedro observó que la punta de una cortina se apartaba un poco, apareciendo durante un momento el rostro de Celia; un lirio cándido y lozano. No sonrió, no se movió siquiera. En aquella boca pura, en aquellos ojos claros y sin fondo, no se leía nada y sin embargo tomaba á Attilio y se entregaba á éste sin reserva; la cortina volvió á su sitio.

—¡Ah! ¡Pequeña máscara!— murmuró Darío, —¿Se sabe nunca lo que hay detrás de tanta inocencia?

Volvióse Pedro y pudo ver aún á Attilio con la cabeza levantada, inmóvil el rostro y pálido también, con la boca cerrada y los ojos desmesuradamente abiertos. El espectáculo le conmovió de una manera extraordinaria, el amor absoluto en todo su brusco poderío, el amor verdadero, eterno y joven, apartado completamente de las ambiciones y de los cálculos de los que rodean á los amantes.

Después de esto dió Darío orden al cochero para que subiese al Pincio, antes ó después del Corso aquel era el paseo obligado en las hermosas y despejadas tardes. Y fué al principio la plaza del Populo, la más aireada y regular de Roma con el atractivo de sus calles y sus cuatro iglesias simétricas, su obelisco central, sus dos macizos de árboles, que forman pareja á los lados del blanco pavimento entre las graves obras arquitectónicas doradas por el sol. A la derecha internóse en seguida el carruaje en las rampas del Pincio, en un camino en espiral, magnífico, adornado con bajos relieves, estatuas, fuentes, toda una especie de apoteosis en mármol, algo como una memoria de la Roma antigua que se elevaba entre el verdor de las plantas; pero arriba halló Pedro pequeño el jardín, apenas como una gran plaza, un cuadro con los cuatro paseos necesarios para que los carruajes pudiesen dar vuelta indefinidamente. Las imágenes de los hombres ilustres de la Italia antigua y de la nueva, adornan esos paseos con una fila inacabable de bustos. Admiró sobre todo los árboles, de las especies más variadas y de las más raras, escogidos y cuidados con un esmero infinito y casi todos de hoja perenne, lo que hacía se perpetuasen allí,

lo mismo en verano que en invierno, unas umbrías admirables matizadas con todos los verdes imaginables. Y el carruaje se puso á dar vueltas por aquellos frescos paseos, tras de otros carruajes, en una ola continua jamás interrumpida.

Fijóse Pedro en una señora que iba sola en una victoria azul oscuro y guiada con mucha corrección. Era muy linda, pequeñita, tenía el pelo castaño mate, la tez y ojos grandes de mirada dulce, siendo en conjunto de aire modesto y de una sencillez seductora. El vestido era severo y de seda, color hoja seca y el sombrero en cambio grande y un tanto llamativo. Preguntó Pedro quien era, al observar que Darío se fijaba en ella. Esto hizo sonreír al joven príncipe ¡oh! No era nadie, la Tonietta, una de las contadas *demi-mondaines* que llamaban la atención en Roma. Después, con esa libertad propia de la raza al tratarse de las cosas de amor, continuó hablando y dando detalles. Se trataba de una mujer cuyo origen estaba envuelto en la obscuridad, pues unos lo hacían muy bajo, diciendo era hija de un tabernero de Tivoli; otros decían nació en Nápoles y lo era de un banquero; pero en todo caso, había demostrado ser muy inteligente, pues se educó y recibía admirablemente en un pequeño palacio de la calle de los Mil, regalo que la hiciera el anciano marqués de Manfredi, muerto á la sazón. No se prodigaba mucho en público, no tenía nunca más que un sólo amante y á las princesas y duquesas que se interesaban por ella y la examinaban curiosamente en el Corso todos los días, les parecía muy bien. Una particularidad sobre todo era lo que la había hecho célebre, las corazonadas que á veces experimentaba, que la hacían entregarse por nada al preferido, del que no aceptaba por la

mañana más que estrictamente un ramo de rosas blancas; de manera, que cuando la veían en el Pincio, con frecuencia durante semanas enteras con esos ramos de puras rosas, con ese ramo blanco de desposada, sonreíanse todos con aire de tierna condescendencia.

Interrumpió Darío la conversación para saludar ceremoniosamente á una señora que pasaba en un landó inmenso en compañía de un señor, y decir con sencillez á Pedro:

—Mi madre.

A ésta la conocía Pedro, ó al menos, sabía su historia por el vizconde de la Choue; su segundo casamiento, á los cincuenta años después de la muerte del príncipe Onofrio Boccanera; la manera como, dotada aun de soberbia belleza, había pescado con los ojos, y lo mismo que si tratase de una jovencita, á un hombre apuesto y á su gusto, pero quince años más joven que ella. Sabía Pedro también quien era ese hombre, ese Julio Laporte, antiguo sargento de la Guardia Suíza, según decían, antiguo comisionista, viajante de reliquias, comprometido en una extraordinaria historia de reliquias falsas, y no ignoraba tampoco de que manera había ella convertido en un marqués de Montefiori, de hermosa presencia, al último de los aventureros afortunados y triunfante en el país legendario en el que los pastores se casan con reinas.

Al dar otra vuelta y cuando el landó pasó por su lado, los miró Pedro á los dos. La marquesa estaba aun hermosa con toda la clásica belleza en su apogeo, alta, cenceña, muy morena, con cabeza de diosa, de rasgos regulares, un poco macizos y que no revelaba su edad más que por el bozo de que estaba cubierto su labio superior. Y el marqués, aquel suízo de Ginebra roma-

nizado, tenía en verdad muy buen aspecto, con sus hombros cuadrados de oficial sólido y sus mostachos al viento y, según decían, no tenía nada de tonto y era muy alegre, dúctil y amable con las damas. La marquesa estaba tan satisfecha con él que le llevaba consigo y lo enseñaba, habiendo recommenzado la existencia con él lo mismo que si tuviese veinte años, y comiéndose agarrada de su cuello la fortunita salvada del desastre de la villa Montefiori y tan olvidada de su hijo, que sólo le veía de vez en cuando en el paseo en donde le saludaba como á cualquier conocido de esos que proporciona la casualidad.

—Vamos á ver como se pone el sol detrás de San Pedro,—dijo Darío desempeñando su papel de hombre concienzudo que enseña todo lo curioso.

El carruaje volvió hacia la terraza, en la que una música militar tocaba con terribles estrépitos de metal. Para oirla muchos carruajes habíanse ido agrupando al rededor, mientras que una multitud de peatones, de simples paseantes, sin cesar en aumento, formaban nutrido grupo al rededor. Y desde aquella admirable terraza, muy alta y amplia, se disfrutaba de una de las vistas más maravillosas de Roma. A la otra parte del Tíber, por cima del conjunto abigarrado del nuevo barrio inmediato al Castillo, elevábase San Pedro entre los verdes del Monte Mario y del Janículo. Después era hacia la izquierda por donde se extendía la antigua ciudad, una extensión sin límites de techos, una mar rodada de edificios hasta perderse de vista. Las miradas, no obstante, volvíanse siempre hacia San Pedro entronizándose en el azul del cielo con una grandeza pura y soberana. Y desde la terraza, en el fondo del

cielo inmenso, las lentas puestas de sol tras el coloso eran sublimes.

Unas veces son como derrumbamientos de sangrientas nubes, batallas de gigantes que luchan arrojándose montañas, sucumbiendo bajo las ruínas monstruosas de incendiadas ciudades. Otras, en un lago sombrío no se destacan más rojas hendiduras como si hubiesen arrojado una red luminosa para pescar entre las algas al astro desaparecido. Alguna vez es como una niebla rosa, todo un delicado polvillo que cae rayado de perlas por una lejana racha de lluvia. A veces es un triunfo, un cortejo de púrpura y de oro, de carros de nubes que ruedan sobre una vía de fuego, de galeras que flotan sobre un mar de azul ó pompas fastuosas y extravagantes que desaparecen poco á poco en el abismo insondable del crepúsculo.

Pero aquel atardecer disfrutó Pedro del espectáculo sublime de tranquila deslumbradora grandiosidad. Al principio y precisamente encima de la cúpula de San Pedro, el sol tenía aún tal resplandor, al descender por un cielo sin mancha, de profunda limpidez, que los ojos no podían resistir su fulgor. Con ese resplandecimiento, la cúpula parecía haberse puesto incandescente, ser una cúpula de plata líquida, mientras que en el barrio inmediato los techos del Borgo estaban como cambiados en un lago de brasas. Después á medida que el sol iba declinando con majestuosa lentitud, perdió su fulgor y se le pudo contemplar y pronto con majestuosa calma deslizóse tras la cúpula que se recortó completamente sobre el azul sombrío cuando, enteramente oculto el astro, no fué más que al rededor una aureola, una gloria que se exparcía en una corona de rayos centelleantes. Y entonces comenzó el ensueño, la ilumi-

nación extraña de la hilera de ventanas que hay en lo alto de la cúpula y que la luz atravesó de parte á parte, convirtiéndolas en ardientes bocas de horno, de tal manera, que se habría podido creer que la cúpula estaba colocada sobre un inmenso brasero, aislado en el aire y levantado y llevado por la fuerza del fuego. Esto apenas duró tres minutos. En la parte baja, los techos confusos del Borgo se inundaban de violáceos vapores, mientras que el horizonte, desde el Janículo al Monte Mario, recortaba una línea precisa y negra, y fué luego el cielo el que á su vez volvióse de púrpura y oro, con una calma infinita de claridad sobrehumana por cima de la tierra que se reducía á la nada. Por último, apagóse la luz de las ventanas, apagóse el cielo y no quedó en la noche invasora más que la vaga redondez cada vez más disfumada de la cúpula de San Pedro.

Por sordo enlace de ideas, vió Pedro en aquel momento evocarse ante él una vez más, las elevadas, y á la par tristes y declinantes figuras del cardenal Boccanera y del conde Orlando. En la tarde de aquel día, en que los había conocido al uno tras otro, tan grandes en la obstinación de su esperanza, hallábanse allí ambos en pié en el horizonte, sobre una ciudad reducida á la nada, en la orilla del cielo de que la muerte parecía apoderarse. ¿Era que todo iba á derrumbarse con ellos, que todo iba á desaparecer y apagarse en la noche de los tiempos concluídos?